Fiesta de disfraces

El cuento original se encuentra en narrador protagonista o primera persona, fue cambiado a narrador observador o tercera persona.

Contará una historia parecerá increíble. Una vez cazo un alce. Se fue de cacería a los bosques de Nueva York y cazo un alce.

Así que lo aseguro sobre el parachoques de su automóvil y emprendió el regreso a su casa por la carretera oeste. Pero lo que el no sabía era que la bala no le había penetrado en la cabeza; sólo le había rozado el cráneo y lo había dejado inconsciente.

Justo cuando estaba cruzando el túnel el alce se despertó. Así que el estaba conduciendo con un alce vivo en el parachoques. En el estado de New York hay una ley que prohíbe llevar un alce vivo en el parachoques los martes, jueves y sábados. Le entró un pánico tremendo…

De pronto recordó que unos de sus amigos celebraban una fiesta de disfraces. Se dirigió ahí. Llevo el alce y lo dejaría en la fiesta. Ya no sería responsabilidad suya. Así que se dirigió a la casa de la fiesta y llamo a la puerta. El alce estaba tranquilo a sulado. Cuando el anfitrión abrió lo saludo, presentó al alce como Solomon y entraron. El alce se incorporó fácilmente a la fiesta. Le fue muy bien, hasta ligo. Un hombre se pasó hora y media tratando de venderle un seguro.

Cuando dieron las doce de la noche y empezaron a repartir los premios a los mejores disfraces. El primer premio fue para los Berkowitz, un matrimonio disfrazado de alce. El alce quedó segundo. Eso no le agradó. El alce y los Berkowitz cruzaron astas en la sala de estar y quedaron todos inconscientes. Se llevó al alce, lo ató sobre el parachoques y salió rápidamente hacia el bosque. Pero accidentalmente había llevado a los Berkowitz. Así que estaba conduciendo con una pareja de judíos en el parachoques.

A la mañana siguiente, los Berkowitz despertaron en medio del bosque disfrazados de alce. Al señor Berkowitz lo cazaron, lo disecaron y lo colocaron como trofeo en el Jockey club de Nueva York. Pero fue peor, porque era un club en donde no se admiten judíos.

Regreso solo a sucasa. Eran las dos de la madrugada y la oscuridad es total. En la mitad del vestíbulo de su edificio se encontró con un hombre de Neanderthal. Con el arco superciliar y los nudillos velludo. Creo que aprendió a andar erguido aquella misma mañana. Había acudido a su domicilio en busca del secreto del fuego. Un morador de los árboles se encontraba a las dos de la mañana en su vestíbulo.

Se quité el reloj y lo hizo pendular ante sus ojos: los objetos brillantes los apaciguan. Se lo comió. Se le acercó y comenzó un zapateado sobre su tráquea. Rápidamente, recurrió a un viejo truco de los indios navajos que consiste en suplicar y llorar.

Perla E. Pérez Mtz.